

Gisela Catanzaro*
Ezequiel Ipar**

CAPÍTULO 8. LA POLARIZACIÓN POLÍTICA Y EL SESGO DE LAS IDEOLOGÍAS: REFLEXIONES SOBRE LA CONSTITUCIÓN INTERNA DE LA NUEVA DERECHA EN ARGENTINA

1. EL MALESTAR EN LA NOMINACIÓN DE LA TEORÍA POLÍTICA

La emergencia de fenómenos políticos, como los representados por Trump en Estados Unidos, Marine Le Pen en Francia y Bolsonaro en Brasil, viene generando desde hace ya varios años una suerte de “malestar en la nominación” que hace síntoma en la multiplicación de y simultánea insatisfacción con las categorías invocadas para nombrarlos. “Neopopulismos”, “neofacismos”, “posdemocracias” o “dictaduras” –entre otros– parecerían decir demasiado o bien demasiado poco sobre las configuraciones y estrategias de las nuevas derechas a nivel mundial, cuya conceptualización importa gravemente tanto a una teoría abocada a la comprensión de lo social, como a toda práctica política que se oriente a su transformación. Es, sobre todo, algo del orden de la politicidad específica del mundo contemporáneo lo que parecería resistirse a la conceptualización: si los énfasis exclusivos en la asociación del neoliberalismo y su generalizada “racionalidad de mercado” con la “desafección política” amenazan perderla de vista –dejando en las sombras o inexplicadas diversas politizaciones y

* IIGG-FSOC-UBA / CONICET

** IIGG-FSOC-UBA / CONICET

formaciones de nuevos partidos que han tenido lugar en los últimos años– la apelación confiada a nombres tradicionales de la política tales como “liberalismo”, “fascismo” o “populismo” corre el riesgo de la abstracción que significaría conformarse con subsumir simplemente lo actual en lo ya pensado.

En sintonía con ese malestar categorial que recorre el mundo, luego de las últimas elecciones de medio término en Argentina –y como ya había sucedido después de las presidenciales de 2015– se suscitó una suerte de debate, no restringido a ámbitos académicos, respecto de la caracterización del macrismo como fuerza política. Esquematisando un poco las posiciones en disputa, se podría decir que lo que estaba en cuestión era si el fenómeno político que representa debe ser interpretado poniendo el énfasis en lo novedoso de la constitución de una derecha “democrática” en el país o si, por el contrario, dicha supuesta novedad democrática puede y debe ser interpretada como parte de la imagen de sí que esta fuerza política quiere proyectar, pero que dista de sostener en los hechos. En el segundo caso, una perspectiva que se quisiera consistentemente crítica, ¿no debería intentar tomar distancia de la imagen para evitar perder de vista, tras las supuestas novedades, las continuidades existentes entre las políticas implementadas por el nuevo gobierno y el neoliberalismo impulsado por Menem en los años 90 por Martínez de Hoz durante la última dictadura cívico-militar?

Esta pregunta resulta particularmente relevante en un presente proclive a dejar proliferar únicamente descripciones etnográficas y análisis “estratégicos”, afectados por un unilateral enamoramiento con los novedosos fenómenos bajo estudio. El privilegio absoluto de la inmanencia, que en la micrología social a veces amenaza dejar fuera de foco toda representación de la diversidad de las proporciones en juego (entre un estilo de indumentaria y la promulgación de una ley; entre un hábito de consumo y una medida de política económica, por ejemplo), lleva por momentos a la analítica del “juego político” a reducir la política a un problema de demiurgos absolutos, cuyas alquimias pueden ser serena, profesional y ecuanímente evaluadas, de acuerdo a su eficacia para “la construcción” e independientemente de todo contenido de la política en cuestión. Al desaparecer del horizonte analítico esos contenidos –sin embargo– cualquier interpelación parece igualmente posible, omitiéndose así no sólo el carácter desnivelado de lo social y las determinaciones ideológicas específicas que pesan sobre (y limitan) todo intento de “construcción”, sino también el particularismo de esa misma presunción de equidistancia, o de “simetría”, como la llama Étienne Balibar¹.

1 “La simetría, ya sea esta la de los ‘adversarios’, o la de las instancias del espacio

En semejante contexto interpretativo dominante, la pregunta por cómo debería situarse una perspectiva crítica –si es que esta pudiera llegar a constituirse– resulta todo, menos ociosa. En sus más elaboradas formulaciones, el problema que plantea no deja de remitirnos a lo que podríamos llamar el “doble estatuto paradójal” de una crítica materialista: por un lado, en relación con su posibilidad histórica de emergencia; por el otro, en su relación con la política². Pero, precisa-

político (la sociedad, el Estado), contiene en sí misma un peligro mortal de neutralización de la política [...] Esto se ha visto con claridad en la historia del socialismo contemporáneo, que comienza con el esfuerzo del movimiento obrero [...] por salir de su posición ‘subalterna’ y superar la exclusión (se trate de la exclusión de los derechos sociales elementales o de la representación política), para acabar en la simetría del combate ‘clase contra clase’, y sobre todo entre los ‘Estados burgueses’ y los ‘Estados proletarios’, constituidos en ‘campos’ simétricos a escala internacional. Una buena parte del interés que algunos teóricos contemporáneos muestran por Maquiavelo, cuando reivindican la ‘democracia radical’, proviene evidentemente de los instrumentos conceptuales y simbólicos que él provee para pensar un ‘devenir democrático’ en el cual la simetría es diferida en forma indefinida”. Balibar, E. *Ciudadanía*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2013, p. 165.

2 ¿Podemos descontar la existencia de un criticismo para todas las épocas? Y de existir, ese “criticismo”, ¿favorece o difiere indefinidamente el “pasaje a la acción”? En el primer sentido la existencia de la crítica es “paradójica” porque no puede considerarse simplemente garantizada. Si no es concebida solo como un pensamiento sobre un cierto estado del mundo, sino como uno emergente de ese mismo estado de crisis a propósito del cual se reflexiona, la existencia de la crítica en todo tiempo y lugar deja de ser evidente. Ella no podrá darse como algo independiente de la historia, pero entonces tampoco podrá tener garantizada su inmunidad frente a una crisis que, tal vez, consista precisamente en jaquear esa misma posibilidad de reflexión. Así, porque es una crítica situada y suscitada, la crítica materialista está acosada por la paradoja en lo que respecta a su emergencia y signada por una rareza que convendría no aplanar. A diferencia de un tipo de pensamiento que conservara su trascendencia y permaneciera intacto frente a la crisis del presente, en tanto afectada ella misma por ese estado en que procura intervenir críticamente, este otro modo del pensamiento no puede darse en ningún caso como algo garantizado sino como una interrogación y una producción que “habrá tenido lugar” allí donde se hayan podido producir desplazamientos y nuevas demarcaciones en un territorio ocupado. Todo lo cual indica que no alcanza con declararse crítico. El criticismo tendrá que probar cada vez, en cada debate, que puede existir. Pero a esto se suma la segunda paradoja de la crítica materialista, que viene asociada a su relación con la política. Porque si bien esa crítica está –como quería Marx– orientada a la transformación del estado de cosas y no sólo a la comprensión de los motivos del presente para perseverar en el ser, ella no puede limitarse a declarar sin más la nulidad de aquellos debates interpretativos sobre las categorías adecuadas para caracterizarlo en nombre de problemas que tendrían una mayor urgencia y acciones que “no podrían esperar”. Tal inmediatez representaría un gesto anti-intelectualista que, apelando a las premuras de la práctica política, condenaría a la acción colectiva a constituirse en una práctica ciega, tan vacía de pensamiento como un puro mecanismo, que ella no es. Por eso, en los debates sobre los modos más precisos para pensar la época y en las incomodidades frente a los nombres dis-

mente porque la disputa en torno a los lenguajes de la crítica constituye uno de los signos de su vitalidad, es preciso decir también que los términos del debate entre quienes enfatizan “lo novedoso de la derecha democrática” y aquellos que advierten sobre la “continuidad de la derecha” tienen algo engañoso. Algo sobre lo cual sería preciso reflexionar, en lugar de conformarnos con el mero hecho de que haya disputa. Y esto en favor de la comprensión del proceso social en que estamos inmersos, es decir, en favor de una mejor práctica política que, aunque no depende únicamente de ella, ciertamente requiere de la más precisa lectura de la coyuntura que seamos capaces de producir.

2. TRADUCIENDO EL CONFLICTO A LA POLARIZACIÓN POLÍTICA EN ARGENTINA

En el horizonte sinuoso que se abrió con la crisis económica global, la política aparece atravesada por distintas divisiones y polarizaciones que no describen grupos interiormente homogéneos, pero que sí señalan ciertos sesgos. En Argentina, algunas de esas escisiones, que se volvieron muy visibles en los resultados de los procesos electorales de los últimos años y en los estudios de opinión pública, muestran un resultado repetido: la división del electorado entre grupos de edad, la división de clase y la división ideológica. Sin ser absolutas, estas tres divisiones delimitan tres sesgos en los posicionamientos políticos que se combinan de un modo intrincado en los conflictos de muchas democracias contemporáneas (a partir de múltiples procedencias y con diferentes sentidos).

Cuando analizamos la división política entre los grupos de edad encontramos, en realidad, una división entre lógicas culturales antagónicas que interpretan de un modo contradictorio los derechos subjetivos, la forma en la que se constituyen las identidades sociales y la forma en que se reflexiona sobre la memoria colectiva. Para poner sólo un ejemplo: los jóvenes viven con más naturalidad la diversidad de las orientaciones sexuales, son menos concesivos con las prácticas machistas y no toleran las formas de autoridad que pudieron haber resultado normales para generaciones formadas en dictaduras. Por otro lado, en la división de clase se expresa, evidentemente, la lucha de intereses y la puja redistributiva, pero también se ponen en juego distintas concepciones sobre la cuestión más amplia de la actualidad o

ponibles, lo que llamamos “materialismo” no lee ni una mera circunstancia para la aplicación de un saber ya disponible, ni pura dilación, déficit o situación a superar lo más rápido posible, sino una ocasión a propiciar y de la que depende en gran medida la no identificación final de la política con el mero pragmatismo.

inactualidad de la justicia social. En nuestra coyuntura particular esto implica, de un modo muy concreto, un sistema de preferencias escindido, en el cual algunas posiciones de clases eligen la incertidumbre y el daño del neoliberalismo, mientras otras prefieren las contradicciones del Estado regulador. Planteado de un modo muy esquemático, el sesgo (ya que no se trata de divisiones absolutas, sino relativas y superpuestas) que se viene manifestando en las últimas elecciones de nuestro país decía que los jóvenes³ y las clases que demandan políticas redistributivas activas⁴ tenían preferencias políticas que los aproximaban a las propuestas del Frente para la Victoria o Unidad Ciudadana; mientras que los adultos mayores y las clases que reaccionan contra las políticas redistributivas del Estado se inclinaban por el PRO, y luego por la alianza Cambiemos.

Una vez que comprendemos estas dos divisiones, queda por interrogar el último sesgo que, en general, es el más descuidado: ¿qué sucede en todo este proceso con el sesgo ideológico? ¿Muestran algo los posicionamientos políticos en la Argentina reciente respecto de cuestiones muy discutidas, pero poco analizadas, como el autoritarismo, la xenofobia, la lgtbfobia y la estigmatización de los pobres? En la tradición de la teoría social, el autoritarismo social describe el modo en el que se hilvanan, en una disposición ideológica estructurada, creencias racistas, deseos de entregarse a una autoridad irracional y convicciones profundas que piensan al castigo (jurídico y extra-jurídico) como único instrumento de solución de los conflictos sociales. Pues bien, en Argentina, ¿dónde encontramos este autoritarismo social que crecía a nivel global en medio de un proceso de crisis y polarización política?

Para estudiar esta articulación de procesos psicosociales y políticos, realizamos junto con un grupo de investigadores una encuesta en el año 2012-2013 (CABA, 700 casos con relevamiento domiciliario) que se utiliza a nivel internacional para captar la opinión pública subyacente en materia de autoritarismo social y otras cuestiones ideoló-

3 Para las elecciones del 2017, ver los resultados de diferentes consultoras que relevaban con mucha claridad este sesgo. Recuperado el 10 de mayo de 2018 de <http://www.economista.com.ar/2017-10-cambiemos-los-jovenes-al-segmento-mas-rea-cio/>

4 Esto se puede observar a partir de los mapas electorales, intentando hacer una inferencia a partir de la correlación entre posición social y lugar de residencia. Para contar con una base detallada de los resultados electorales del año 2017 se puede consultar el trabajo muy cuidadoso que realizó Andy Tow para el diario *Página12*. Recuperado el 10 de mayo de 2018 de <https://www.pagina12.com.ar/70985-elecciones-legislativas-2017-cobertura-interactiva>.

gicas⁵. Este tipo de estudios permite complejizar los presupuestos de algunos análisis políticos, poniendo en cuestión ciertos espejismos de la publicidad política y las distorsiones de los análisis que descansan, inocentemente, en la visión que los políticos ofrecen sobre sí mismos y su campo de intervención. Como se sabe, en el así llamado “marketing político” no solo se refleja la imagen ideal que los partidos políticos pretenden proyectar sobre sí mismos (sus metas declaradas, sus programas, sus estilos, su “modernidad”, sus principios), sino también la imagen en la que desean que sus votantes se vean imaginariamente reflejados (clase media, autónomos, emprendedores, exitosos, “abiertos al diálogo”, tolerantes), para regocijo y satisfacción de sus propios deseos de reconocimiento. De este modo, solo si atravesamos algunas de las fantasías que surgen en este circuito de idealizaciones del que participan políticos, publicistas y periodistas, podemos acercarnos al sesgo ideológico de nuestra cultura política contemporánea.

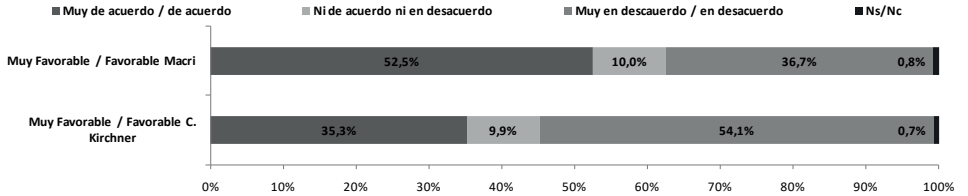
Si bien en nuestro estudio analizamos distintos tópicos ideológicos, en esta oportunidad, nos vamos a referir exclusivamente a aquellos que mejor mostraban la división entre las preferencias o las evaluaciones políticas de los ciudadanos⁶. Partiendo de la base de que toda composición ideológica es internamente compleja, y merece por lo tanto un análisis detallado, en estos resultados podemos leer, no obstante, una tendencia general relativamente clara (ver Gráfico 1): los apoyos que recibía en este estudio del año 2013 el jefe de gobierno de la ciudad Mauricio Macri provenían mayoritariamente de grupos que tenían posicionamientos ideológicos más autoritarios, que se manifestaban en oposición a las políticas redistributivas del Estado, y que eran especialmente refractarios con respecto a las políticas de igualdad cultural que les habían reconocido distintos derechos a múltiples grupos y minorías sociales. Asimismo, cuando se comparan estos posicionamientos ideológicos con los de quienes tenían una opinión favorable del gobierno de la expresidenta Cristina Kirchner, aparece con más claridad el “sesgo ideológico” del que venimos hablando.

5 Para realizar estos estudios se utilizan, por lo general, distintas escalas actitudinales que permiten medir esas disposiciones ideológicas subjetivas. En nuestro caso, utilizamos como inspiración y orientación metodológica un trabajo clásico publicado por Theodor Adorno en 1950, *La personalidad autoritaria*.

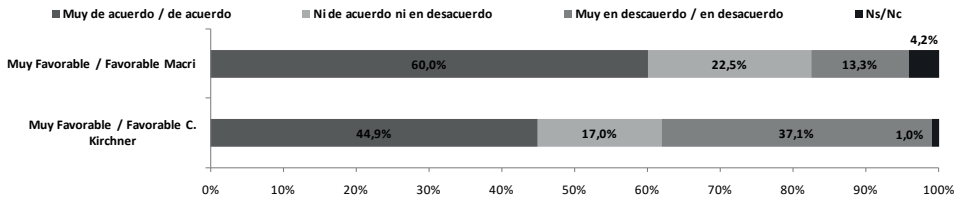
6 En el momento de nuestra encuesta analizamos, fundamentalmente, las evaluaciones que recibían los gobiernos de la expresidenta Cristina Kirchner y el actual presidente de la nación, en aquel momento jefe de gobierno de la CABA, Mauricio Macri.

Gráfico 1. Posicionamiento ideológico, según evaluación sobre los gobiernos de Cristina Kirchner y Mauricio Macri

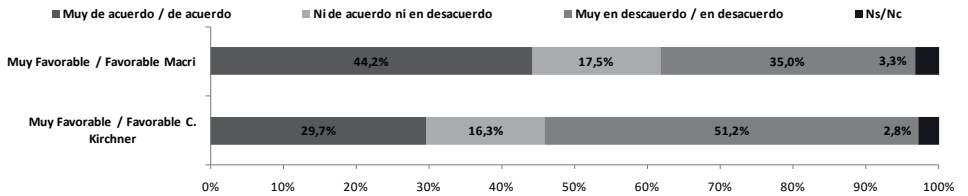
A veces para resolver algunos crímenes horrendos, es necesario que la policía actúe más allá de los procedimientos regulares.



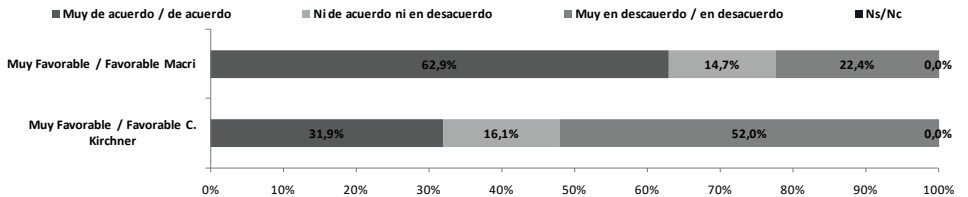
Para educar a los niños en este mundo tan cambiante, la familia y los valores religioso se han vuelto fundamentales.



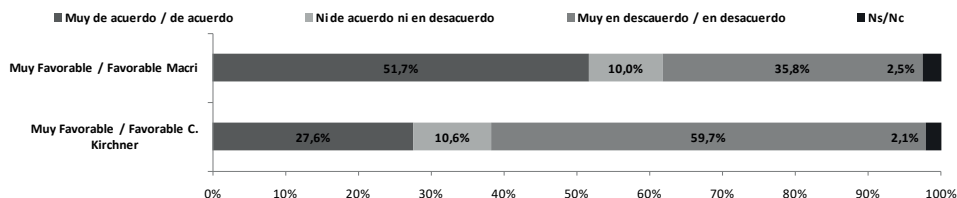
Aunque uno este en contra de la discriminación a las travestis, es evidente que hay trabajos que una travesti no debería ejercer, como por ejemplo la docencia en las escuelas de nivel inicial.



El Estado no debería entregar planes de asistencia a los sectores de menores recursos porque se fomenta la vagancia.



Para evitar el crecimiento de las villas miseria, el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos.



Fuente: elaboración propia en base a encuesta FONCYT 2012-2013.

Los enunciados frente a los cuales los entrevistados mostraron una división política más significativa son indicadores típicos del autoritarismo social (“para evitar el crecimiento de las villas miseria el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos”) y de la estigmatización de los pobres en las sociedades capitalistas contemporáneas (“el Estado no debería entregar planes de asistencia a los sectores de menores recursos porque se fomenta la vagancia”). Entre los simpatizantes de Mauricio Macri, un 51,7% estaba de acuerdo (o muy de acuerdo) con el contenido punitivo del primer enunciado y un 62,9% estaba de acuerdo (o muy de acuerdo) con la estigmatización implicada en el segundo enunciado, que suponía también una justificación de la posible reducción de programas de asistencia. En el caso de los simpatizantes de Cristina Kirchner esta situación se invertía, ya que sólo un 27,6% estaba de acuerdo (o muy de acuerdo) con el primer enunciado y un 31,9% se posicionaba de la misma manera frente al segundo. Lo que resulta preciso destacar a la hora de analizar el sesgo ideológico de nuestra polarización política contemporánea, es el carácter sistemático y la intensidad de esta división. En la constelación de posicionamientos ideológicos que sostenían, ya en el año 2013, los simpatizantes del PRO aparecía un rechazo muy masivo e intenso frente a diferentes grupos sociales: las travestis, los pobres, los que reciben asistencia del Estado y los que comenten delitos. Este carácter sistemático del rechazo ideológico muestra que, lejos de tratarse de algo contingente en la identidad política de este grupo de ciudadanos, aparece allí una estructura articulada de posiciones ideológicas, que está compuesta por trazos biográficos, hábitos culturales y disposiciones subjetivas coyunturales que sostienen una identificación política muy particular. Esta identidad política tiene un notable aire de familia con las actuales adscripciones globales del neo-conservadurismo enfático.

Este mismo énfasis, que vincula al autoritarismo con los simpatizantes de la alianza Cambiemos, lo podemos constatar si nos desplazamos desde nuestra propia encuesta del año 2013 a los resultados recientes de la encuesta periódica *Americas Barometer* (para Argentina

2016-2017). Tal vez de un modo todavía más marcado que el registro que obtuvimos nosotros, para el año 2017 aparece un sesgo ideológico claro, esta vez en términos de autoritarismo político (intolerancia frente a la participación política democrática de los opositores y los disidentes). Entre quienes aparecían con puntuaciones altas en esta dimensión ideológica (muy autoritarios), más de la mitad (52,9%) declaraban haber votado al actual presidente Mauricio Macri, apareciendo la siguiente opción política con la mitad de esas preferencias (Scioli, 25,2%). Lo mismo sucede cuando analizamos la segunda categoría de autoritarismo político (bastante autoritarios), en la cual los que expresaron esta disposición político-ideológica manifestaban una nítida preferencia electoral por la alianza Cambiemos. Esta persistencia del sesgo ideológico autoritario puede estar mostrando que, en la actualidad, la politización del autoritarismo está orientándose cada vez más hacia una única fuerza política; y, a su vez, que esta fuerza política puede intentar compensar problemas de legitimidad a través del llamado práctico y la condensación discursiva de este tipo de orientación ideológica.

Tabla 1. Voto presidencial en 2015 según nivel de autoritarismo. Argentina 2016-2017

Intolerancia Política		Muy autoritarios	Bastante autoritarios	Poco autoritarios	Nada autoritarios	Total
Voto presidencial 2015	Voto en Blanco	1,9 %	3,2 %	3,3 %	4,2 %	3,2 %
	Voto Nulo	1,9 %	0,6 %	0,4 %	0,5 %	0,8 %
	Mauricio Macri (Cambiemos)	52,9 %	49,7 %	35,7 %	24,3 %	41,4 %
	Daniel Scioli (Frente para la Victoria)	25,2 %	28,2 %	41,1 %	50,8 %	35,6 %
	Sergio Masa (Unidos por una Nueva Alternativa)	13,5 %	11,6 %	12,4 %	7,9 %	11,4 %
	Nicolás del Caño (Frente de Izquierda y de los Trabajadores)	0,0 %	1,5 %	1,7 %	4,2 %	1,8 %
	Margarita Stolbizer (Progresistas)	0,0 %	1,2 %	1,7 %	3,7 %	1,6 %
	Otro	4,5 %	4,1 %	3,7 %	4,2 %	4,1 %
Total		100,0 %	100,0 %	100,0 %	100,0 %	100,0 %

Fuente: elaboración propia en base a la Encuesta Americas Barometer 2016-2017⁷.

7 Las preguntas que utilizamos para este índice de autoritarismo político son: D1, D2, D3, D4, D5. Algunos buenos ejemplos de estas preguntas serían: D2: “¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba usted que estas personas [los disidentes políticos]

Inclusive una lectura esquemática de la tendencia que estamos describiendo puede servir para explicar algunos intentos recientes – aparentemente absurdos o innecesarios– de construir legitimidad política a partir de “gestos autoritarios”: micro-persecuciones a vendedores ambulantes, estigmatización de migrantes, forzamientos en el poder judicial o los casos más graves de detenciones arbitrarias por parte de las fuerzas de seguridad. Funcionando como un pliegue interno de lo que ofrecen sus publicidades, una parte importante de las adhesiones políticas que reciben las políticas de Macri giran en torno a un perfil ideológico autoritario, que logra incorporar también por esa vía, inclusive a quienes no evalúan favorablemente su gestión de gobierno. Por este camino se tejió una alianza extraña, a través de la cual un partido neoliberal comienza a legitimarse politizando masivamente prejuicios sociales contra la inmigración, las diferencias culturales y los beneficiarios del Estado de Bienestar, extendiendo de este modo al plano político la conciencia punitiva y la fe en el castigo que son rasgos típicos del autoritarismo.

Este mecanismo de movilización combina al neoliberalismo con un trasfondo cultural oscuro –para usar una expresión de Habermas– y lo pone al servicio de una estrategia política con consecuencias difíciles de prever, fundamentalmente si esa combinación de elementos tuviera que hacer frente a una economía ralentizada o recesiva. Mientras tanto, este sesgo ideológico puede resultar relativamente eficaz para lograr un objetivo esencial del proyecto político neo-conservador: des-democratizar la economía, des-economizar la democracia y darle nuevos bríos culturales al “espíritu del neoliberalismo”.

3. REPENSANDO EL CONCEPTO Y LOS DESAFÍOS DE LA(S) DEMOCRACIA(S) HOY

A partir del breve análisis que realizamos en el apartado anterior, podemos entender ahora por qué resulta engañoso hablar de derecha *democrática* aludiendo, exclusivamente, al modo de acceso al poder, o al estilo discursivo de los gobernantes, como si en nuestra historia nacional nunca hubieran estado en discusión los límites de una identificación de la democracia con un mero régimen político o con una definición exclusivamente procedimental. En relación con la com-

puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?”; o D5: “Pensando en los homosexuales, ¿con qué firmeza aprueba o desaprueba que estas personas puedan postularse para cargos públicos?”. Los cuestionarios y las bases de datos se encuentran en: <http://www.vanderbilt.edu/lapop/>. Los autores desean agradecer a Lapop y la Universidad de Vanderbilt la posibilidad de utilizar de un modo abierto sus bases de datos.

prensión de la democracia como un *proceso* tensionado, conflictivo e inestable de democratización y desdemocratización⁸, esa reducción del significado de “democracia”, a la que es sumamente propensa una politología institucionalista y que se opera diariamente a la hora de administrar adjetivos calificativos a las fuerzas sociopolíticas actualmente dominantes, no puede ser naturalizada. Problematizar esa naturalización reductiva del sentido de la democracia, su articulación con los sesgos ideológicos y los procesos de identificación política, sirve como resistencia frente a una definición dominante y restrictiva de la democracia, que deja afuera de su concepto las condiciones materiales de existencia y la dimensión conflictual que mantiene a un “orden democrático” constitutivamente abierto a su transformación.

Pero esto no obsta para que discutamos si no perdemos capacidad analítica cuando, asumiendo lo inaceptable de esas concesiones reductivas respecto al sentido de lo “democrático”, aceptamos caracterizar a la fuerza política actualmente gobernante en el país como *anti-política* –por oposición al conflictivismo kirchnerista–; como *tecnocrática* –en continuidad lisa y llana con el neoliberalismo anterior–; o como meramente *excluyente, estigmatizadora y represiva*. A partir sobre todo del primero y el último de estos rasgos –y dejando de lado, por el momento, el problema de la relación entre el neoliberalismo actual y el neoliberalismo tecnocrático de los años 90– se suele configurar una imagen del gobierno actual como el artífice de una operación de saqueo que se sustentaría en los “poderes fácticos”, con especial énfasis en la aplicación de la violencia física. Ciertamente, no se trata de relativizar la necesidad de poner en evidencia y criticar la cada vez más nítida dimensión coercitiva del proyecto gubernamental, que alcanzó umbrales insospechados de violencia con los operativos de represión desplegados contra la protesta social en el centro de la Ciudad de Buenos Aires y, particularmente, frente al Congreso Nacional durante el mes de diciembre de 2017. Pero sí se trata de preguntar en qué

8 Al que recientemente se ha vuelto a referir Diego Tatian: “Por democratización proponemos entender un incremento de derechos en los sectores populares que habían estado despojados de ellos por las relaciones de dominación de las que normalmente son objeto: la conquista de derechos civiles y políticos, cuyo desarrollo democrático prospera en una conquista siempre provisoria de derechos sociales, los que a su vez se extienden en derechos económicos que complementan o realizan las libertades civiles –sin las que no existe democracia– con la justicia social y la igualdad real, sin las que tampoco existe democracia en sentido pleno, sino solo democracia como máscara y administración del privilegio. Proceso de ‘des-democratización’ –de ninguna manera dictadura– llamaría al actual estado de situación en la Argentina y otros países de la región (como Brasil), que despoja de derechos y excluye nuevamente a los que no tienen parte”. Tatián, D. *Des-Democracia*. Recuperado de <http://www.agenciapacourondo.com.ar/relapagos/des-democracia-por-diego-tatian>

marco es necesario interpretarlos. ¿Debemos entender esa violencia y esa exhibición exacerbada del arsenal y poderío de los aparatos represivos del Estado, sencillamente, como una expresión del ser “anti-político” de un proyecto económico que requiere de la coerción física para poder implementarse? Esto dista de ser evidente porque, tal vez, esa interpretación exclusivamente instrumental de la represión como medio de realización de otra cosa (la economía) esté obstruyendo la comprensión del papel ideológico –y no meramente instrumental– que el *castigo* y su propagación en infinitas imágenes podrían desempeñar en un “proyecto político refundacional”, que parecería sintonizar muy bien con lo que, a nivel mundial, parece constituir una nueva inflexión punitiva del capitalismo neoliberal.

Si hay algo engañoso en el término “anti-política” aplicado a la caracterización de la nueva fuerza política dominante en Argentina, sin duda no es porque carezca de “un momento de verdad”. Por cuanto, modernamente, comprendemos la política como una conflictividad que, sin embargo, excede a una mera continuación de la guerra y de la venganza por otros medios, el macrismo es anti-político tanto allí donde su ordenancismo lo conduce a interpretar el conflicto en términos higienistas –es decir, como una patología transitoria y erradicable, aun bajo condiciones sociales de explotación– como allí donde cede a la tentación de prescindir de las mediaciones y se entrega a la venganza y la violencia directa. Pero lo engañoso del término “anti-política” surge cuando esa categoría ayuda a fomentar la confianza en la necesidad de que “caiga por su propio peso” un régimen estructurado sobre la exclusión y la represión. Surge, también, donde el apego al diagnóstico de la des-politización o la desafección política induce a descartar de plano la posibilidad de que el macrismo represente una cierta *politización* de la sociedad que da cauce y potencia prejuicios y temores autoritarios preexistentes, que ahora “cuajan” en su llamado a “reponer el orden” y encuentran así modos de expresarse públicamente. Y finalmente, lo engañoso del término “anti-política” aparece cuando obtura la posibilidad de que pensemos los modos específicos de producción de sentido sobre el presente, el futuro y el pasado que están teniendo lugar en nuestro país hoy. En todas estas dimensiones, la designación “anti-política” tiene algo de lo que Benjamin llamaba “pereza del pensamiento”, una pereza que nos quita lucidez para indagar, en términos sociales, qué tipo de politizaciones –y no sólo des-politizaciones– son posibles en el neoliberalismo actual, y de qué modo o modos esas politizaciones trabajan con las incertidumbres, inseguridades y vulnerabilidades generadas por el capitalismo contemporáneo. En otros términos, la idea del macrismo como “anti-política” es engañosa no solo porque tiende a ofre-

cernos garantías respecto del futuro (en tanto genera confianza en su derrumbe ineluctable) y exculpaciones respecto de la sociedad a la que pertenecemos (que aparentemente no tendría mucho que ver en términos expresivos con lo que ahora “habla” desde las instituciones de gobierno), sino también porque no nos ayuda a pensar cuál podría ser la naturaleza del ofrecimiento que este nuevo proyecto, esta pretendida “refundación”, o esta “revolución cultural” está haciéndole a la sociedad.

Luego de dos crisis internacionales del capitalismo neoliberal –11S y 2008– ese ofrecimiento, que se articula con toda una economía libidinal a nivel del sujeto, ya no puede ser la promesa de integrarnos a un capitalismo global multiculturalista, sin fronteras y sin fricción. Así, por una parte, la nueva fuerza gobernante da aliento a un movimiento, no hacia lo global, sino hacia la interioridad y la domesticidad, un “giro afectivo” que, a diferencia de la racionalidad tecnocrática de la era de “los Chicago Boys”, ya no opone razón y pasión, ni enfatiza la racionalidad de los números abstractos sostenidos por expertos lejos de la comprensión de las audiencias, sino que pretende hablarle a cada uno de su cotidianidad, de su familia, de sus sentimientos. Los problemas estructurales de la sociedad, la desigualdad, la pobreza, la creciente inequidad planetaria que ha traído una globalización consumada y vaciada de horizontes en un “globo” que ya no se muestra por alcanzar, pretenden ser reducidos así, en el plano de la política doméstica, a la voluntad, la confianza y el entusiasmo de cada uno con un supuestamente inmediato “interés vital”, que nos reuniría a todos en la ilimitada comunidad de los emprendedores. Entonces se establece una preeminencia de afectos y emociones por sobre discursos, razones y argumentos, en un movimiento anti-intelectualista que no solo se constituye en la denostación de ciertos sujetos –los “intelectuales” o “enfermos de criticismo”, como los llamó Alejandro Rozitchner⁹– e instituciones –las universidades– sino que, básicamente, plantea la transparencia del “interés de cada uno” y la consiguiente superfluidad de toda reflexión individual y colectiva sobre el estado del mundo y sobre las necesidades, deseos e intereses de los individuos atrapados ineluctablemente en él.

Pero, por otra parte, al mismo tiempo que persiste en plantear cínicamente al “estar cerca” como clave de resolución de los conflictos, desde que asumió el poder del Estado el macrismo no ha cesado de multiplicar los vallados, poblados de fuerzas de seguridad cuyos cas-

9 Alejandro Rozitchner, entrevista publicada por el diario *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1968830-alejandro-rozitchner-el-pensamiento-critico-es-un-valor-negativo>

cos, escudos y armas en perfecta formación advierten sobre algo más que un mero recurso circunstancial; advierten sobre el carácter punitivo, en sentido represivo pero también ideológicamente “productivo”, de su nuevo neoliberalismo emocional. Brevemente: esas imágenes anuncian que seremos castigados, pero también “redimidos” de un pasado pecaminoso contra el que es preciso operar sin indulgencias; anuncian que fuimos culpables, pero también nos acogen en la comunidad de los castigadores que *somos*. Nos ofrecen, en síntesis, la imagen de un mundo al que podremos pertenecer para purgar y, sobre todo, hacerles purgar a otros los pecados cometidos.

Los rasgos punitivos del macrismo distan de constituir una rara avis o una anomalía dentro del “espíritu del neoliberalismo”. Como plantea William Davies (2016) para el caso de Europa, es más bien ese neoliberalismo el que ha mutado. Si, amén de las continuidades en política económica, resulta problemático atribuir las intervenciones gubernamentales de 2016 en el Viejo Continente a la misma racionalidad o a la teleología dominantes que inspiraron las de 2001 o 1985, es porque el neoliberalismo se ha transformado entre aquella época en que todavía debía mostrarse como alternativa al socialismo –constituyéndose como un “neoliberalismo combativo” desde 1979 a 1989– y aquella otra época dorada –o “normativa”– de la globalización multicultural (1989-2008), hasta su actual configuración “punitiva”, iniciada en 2008 y caracterizada por la liberación del odio y la violencia sobre miembros de la propia población en los límites del Estado nación. El neoliberalismo punitivo opera –dice Davies– con unos valores de castigo fuertemente moralizados, genera una interiorización de la moralidad financiera que produce la sensación de que merecemos sufrir por supuestas irracionalidades cometidas en el pasado¹⁰. Este punitivismo, que incluso cuesta seguir llamando neoliberal, resulta así la contrapartida necesaria de un capitalismo en el cual la fantasía ideológica de la globalización dejó de estar disponible –con el atentado a las Torres Gemelas y, luego, con la implosión del sistema financiero en 2008– y que carece de cualquier otro horizonte dorado para ofrecer. Un capitalismo que podríamos llamar “posutópico”, en el sentido

10 En el caso europeo que Davies analiza se trataría de las “irracionalidades económicas” del crecimiento animado por el crédito y la consiguiente generación de deuda. Tal vez, para el caso de América Latina en general y Argentina en particular, habría que referir esa supuesta irracionalidad pasada, que ahora debemos purgar con dolor, menos a la generación de deuda (anómalamente baja durante la última década en relación a la historia de estos países) que a la pretensión inclusiva y de fortalecimiento del mercado interno sostenida por los gobiernos progresistas en la región y que incluyó la implementación de políticas redistributivas en forma de programas y planes sociales.

de que –a nivel mundial– está vaciado de un telos prometido como trascendencia de este presente. Pero que –lejos de toda presunta posideología– articula moral represiva y promesas de violencia física en potentes interpelaciones ideológicas que nos llaman a sacrificarnos, así como a ejercer activamente el control y el castigo sobre los demás.

En el escenario local, y a diferencia del neoliberalismo de los años 90, el proyecto neoliberal refundacional de “Cambiamos” tiene en la figura del castigo –y no en la utopía del globo, o en la *expertise* técnica de los economistas de Chicago– un elemento central. Pero el castigo es aquí central, no única ni principalmente debido a su función coercitiva –entendida como la serie de operaciones de represión mediante la violencia física desplegadas por el gobierno de Mauricio Macri– sino como ideología. El castigo es central en la imagen positiva que el proyecto macrista proyecta de sí mismo. Y, parafraseando a Althusser en sus discusiones del 68, habría que decir que es preciso, hoy y aquí, que la potencia ideológica del castigo no sea invisibilizada por las muy reales evidencias de la violencia física directa desplegada en la Argentina por los aparatos represivos del Estado (aunados al poder judicial). No debe serlo porque, mientras esta última aniquila sujetos –aniquilándose tendencialmente a sí misma– la ideología los produce: produce sujetos culpables, cuya ansia de castigo resulta a su vez insaciable, y así se vuelve tendencialmente eterna. Se trataría de un apocalipsis, incluso si no hay apocalipsis o incluso si la procesión interminable de tanques de la gendarmería cesara.

La figura del castigo es central en el discurso profético de Elisa Carrió, donde queda claro el tono “poscrítico” de esta nueva inflexión del neoliberalismo que dice que “el momento del juicio ya ha pasado” y ahora solo nos queda el momento de la expiación de la culpa a través de merecidos tormentos. Pero esa figura del castigo adquiere, asimismo, una –tanto más insidiosa– tonalidad “piadosa” en la prosa de la gobernadora de la provincia de Buenos Aires. En el discurso de Vidal *la hora del calvario* no es menos inexorable pero, a diferencia de Carrió, como si fuera con su último aliento y animosas palmaditas en la espalda, la “frágil” gobernadora nos invita –en actitud pastoral– a enfrentarlo castamente, y a reconocernos como pecadores a los que fortalecerá la –por ello necesariamente bienvenida– purificación. Aquí el castigo difiere de un disparo por la espalda –como el que acabó con la vida de Rafael Nahuel– o de una orden de detención –como la que hoy mantiene en prisión a un gran número de opositores políticos– (aparatos represivo y judicial); es también más que un bramido amedrentador (amenazas de las y los “profetas” difundidas/creadas por los medios de comunicación para garantizar el disciplinamiento profiláctico de la población). Aquí el castigo revela toda su *potencia*

ideológica integradora porque nos ofrece, a nosotros, a todos nosotros, nada más y nada menos, que una *participación* en la *sacrificada comunidad* de los pecadores que hoy pagan, con gozo redentor, la culpa por haber participado en una alocada escena de “despilfarro orgiástico” que (todos lo sospechamos en el fondo, dice este discurso, por más corrompidas que estén nuestras almas) “tenía que terminar”¹¹. La Vicepresidenta de la nación insistió sobre este tópico a fines de noviembre de 2017: llevamos 34 años de desorden. Es al trasluz de esa imagen de un caos flamígero que el presente puede resplandecer como una hora de salvación en la que somos, finalmente, arrancados de la pendiente de la perdición iniciada en el 83 y a la que nos arrojó definitivamente el “aquelarre” de los últimos 12 años.

No se trata de exabruptos de trasnochadas, sino de un consistente ejercicio de lucha hegemónica por el cual somos interpelados como miembros de una nueva comunidad que, otra vez, está “saliendo del infierno”. Resulta fundamental no perder de vista esta doble función ideológica positiva, políticamente productiva: el castigo que –de acuerdo con la “refundación” en curso– merece hoy la sociedad argentina, nos une, en su peculiar llamado-sin-utopía, como culpables y castigadores. Pero, además, a aquellos que puedan reconocerse como parte de esa comunidad de los pecadores devenidos heraldos de la denuncia, se les volverá vivenciable retroactivamente la crisis –sin 2001 y sin hiperinflación del 89– en la que habríamos estado inmersos, crisis (en este caso moral) que justifica la presente austeridad de los castos.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor (2009). Estudios sobre la personalidad autoritaria. En *Escritos Sociológicos II*, v.1, Madrid: Akal.
- Althusser, Louis (2011). *Sur la reproduction*. París: Presses Universitaires de France.
- Balibar, Étienne (2013). *Ciudadanía*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Davies, William (2016). El nuevo neoliberalismo. *New Left Review en Español* (101), pp. 129-143.
- Habermas, Jürgen (1984). The New Obscurity and the Exhaustion of Utopian Energies. En Jürgen Habermas (comp.), *Observations on the Spiritual Situation of the Age*. Cambridge: MIT Press.
- Tzeiman, Andrés (2017). *Radiografía política del macrismo*. Buenos Aires: Caterva.

11 Al respecto, resultan sumamente sugerentes tanto el planteo de Andrés Tzeiman como el prólogo de Martín Cortés en *Radiografía política del macrismo*.